

PREGÓN FIESTAS PATRONALES TRES CANTOS 2026

Vecinos y vecinas de Tres Cantos; amigos todos: muy buenas noches.

Fue para mí un honor recibir la propuesta de poner voz a este pregón y es hoy un privilegio dirigirme a vosotros para abrir la puerta —permitidme la expresión— a unos días profundamente arraigados en la vida de nuestra ciudad.

Gracias al Ayuntamiento por la generosidad de invitarme a vivir este momento, y gracias también a quienes pensaron, quizá con un exceso de confianza, que sería capaz de encontrar el tono adecuado para acompañar la ilusión con la que Tres Cantos espera cada año el comienzo de sus fiestas.

Y aquí me tenéis: agradecido, ligeramente nervioso y feliz de estar esta noche con vosotros.

Quiero comenzar haciéndoos una confesión:

Cuando me senté a escribir este pregón no sabía por dónde empezar. Me acompañaban la emoción, la responsabilidad y también una pregunta: ¿cómo se cuentan treinta y cinco años de historia compartida sin dejarse nada importante en el camino?

Y entonces me dije: quizá sea un pequeño dislate, pero retrocedamos.

Volvamos atrás.

Atrás.

Atrás...

Cerré los ojos.

Y apareció un niño sujetando un algodón de azúcar, de esos de feria.

Me quedé observándolo unos instantes. Había algo en aquella imagen que me resultaba extrañamente familiar.

Me pregunté:

“¿Ese niño soy yo?”

El niño se giró, me miró, me ofreció su algodón de azúcar y sonrió.
No.
No era yo.

Aquel niño era Tres Cantos cuando apenas comenzaba a imaginarse a sí mismo.
Y aquel algodón de azúcar —frágil, luminoso, lleno de colores— era la ilusión con la que nació este lugar.
Y yo estaba allí para verlo.
Y, muchos años después, también para contarlo.

Llegué al Ayuntamiento en 1988, cuando Tres Cantos apenas empezaba a encontrar su propia voz. Aún pertenecíamos a Colmenar Viejo.
Desde entonces he tenido la fortuna de acompañar su crecimiento y de participar, desde la cultura, en el desarrollo de un lugar abierto, dinámico y profundamente humano.

Permitidme que os hable del Tres Cantos que he conocido.
Del Tres Cantos donde se entrelazan voces llegadas de todos los rincones y cada acento encuentra su cobijo. Del Tres Cantos de las conversaciones que tienden puentes invisibles.

Porque las ciudades no se levantan solo con ladrillos y avenidas.
Se sostienen en las personas. En los gestos cotidianos. En la voluntad de hacer mejor el lugar donde vivimos.

Y si algo ha caracterizado a Tres Cantos desde sus orígenes ha sido esa convicción de que lo importante siempre se logra entre todos.

Tres Cantos nació como una melodía aún incompleta, en la que cada vecino fue dejando su nota hasta componer la gran sinfonía que hoy resuena en estas calles.

Tal vez por eso la cultura ha ocupado siempre un lugar tan importante entre nosotros.

La cultura no es solamente aquello que sucede sobre un escenario o entre las páginas de un libro. Es también una forma de encontrarnos, de reconocernos y de comprender quiénes somos.

Y Tres Cantos ha demostrado, una y otra vez, que una ciudad no se mide solo por la amplitud de sus calles, la altura de sus edificios o la belleza de sus parques, sino por la intensidad de cuanto sucede dentro de ellos.

Y esa realidad la hacen posible sus vecinos.

Vosotros.

Todos nosotros.

Quienes llegaron cuando todo estaba por hacer y quienes siguen llegando hoy.

Nuestros mayores, que guardan la memoria.

Nuestros jóvenes, que aportan nuevas miradas.

Y las familias que han encontrado aquí un lugar donde crecer y echar raíces.

Porque un lugar se convierte en hogar cuando sus calles se llenan de vivencias conjuntas y sus vecinos empiezan a verse reflejados en los demás.

Y pocos símbolos representan mejor esa manera de crecer que nuestros árboles, que han crecido al mismo tiempo que nosotros.

Han acompañado los juegos de la infancia, las conversaciones interminables, los paseos tranquilos y los encuentros inesperados.

Han visto pasar vidas enteras.

No es casualidad que Tres Cantos haya revalidado este año el reconocimiento como Ciudad Arbórea del Mundo.

Es un motivo de orgullo, sí, pero también la confirmación de una manera de entender la convivencia, el crecimiento y el cuidado de lo que sostenemos juntos.

Los árboles no son solo paisaje: forman parte de nuestra biografía común.

Sus raíces nos recuerdan de dónde venimos.

Sus ramas nos invitan a seguir creciendo.

Y su sombra generosa nos enseña que las mejores ciudades son aquellas que saben dejar espacio para todos.

Y quizá por eso, estos días que estamos a punto de inaugurar tienen tanto sentido.

Porque las fiestas no son un paréntesis.

Son el momento en que nos miramos y reconocemos lo que somos.

El momento en que los que llegaron ayer y los que llevan aquí toda una vida comparten calles, música y alegría.

El momento en que dejamos a un lado las prisas para recordar que, más allá de nuestras diferencias, nos une algo esencial.

Por eso, vamos a celebrar nuestras Fiestas Mayores, siempre bajo la tutela luminosa del solsticio de verano. Y vamos a celebrar el camino recorrido, los vínculos creados y cuanto hemos sido capaces de hacer realidad.

Cada época guarda sus propias fiestas en la memoria.

Algunos recordarán aquellas primeras celebraciones más sencillas, pero llenas de entusiasmo, realizadas en la Avda de Colmenar o en las zonas próximas a la estación de RENFE.

Otros evocarán conciertos, verbenas, actividades infantiles, manifestaciones vecinales, encuentros con amigos o momentos que terminaron convirtiéndose en tradición.

Porque hay noches en las que levantamos la mirada para dejarnos sorprender por las luces de colores.

Y hay otras en las que nos reunimos alrededor del fuego para recordar que toda chispa necesita un territorio donde hacerse llama.

Quizá por eso seguimos emocionándonos ante el piromusical con los mismos ojos con los que un niño contempla un algodón de azúcar, y regresamos cada año a la Hoguera de San Juan para recordar que siempre hay un brote esperanzado bajo la ceniza.

Tal vez ahí resida la mejor definición de nuestras fiestas y también de Tres Cantos: un pueblo capaz de emocionarse unido.

Un lugar que ha hecho de su diversidad una identidad propia; un lugar que ha sabido crecer sin perder la cercanía; una ciudad que todavía sabe sorprenderse.

Treinta y cinco años pueden parecer pocos en la vida de una ciudad.

Pero han sido suficientes para levantar un lugar compartido, dinámico y orgulloso del camino recorrido.

Queridos amigos y amigas:

Gracias por permitirme ser parte de este momento.

Gracias por tantos años de confianza, de trabajo y de afecto.

Y ahora os invito a cerrar los ojos un instante...

Si lo hacéis, quizá podáis ver a un niño sujetando un algodón de azúcar, de esos de feria.

Yo lo vi cuando empecé a escribir estas palabras.

Y esta noche me gusta pensar que sigue ahí.

Porque algunas ciudades crecen sin perder nunca la capacidad de asombrarse.

¡Viva Tres Cantos en su 35 aniversario!

¡Vivan sus vecinos!

¡Y vivan las Fiestas Mayores de Tres Cantos!